

Pseudónimo: Agiza

CLÍNICA ANSOÁIN, NAVARRA:

Los 800 abortos del doctor Gurrea

Médicos, enfermeras, protestantes provida, políticos: en un debate en el que todos hablan, las mujeres que han abortado callan

Es una mañana de octubre y el sol no calienta. Las afueras de Ansoáin se encuentran mudas: a lo lejos, solo se escucha un silbido distraído. En un solar se ha instalado un circo. Un hombre sube hasta lo alto de la carpa y contempla el amasijo de casas bajas, pabellones industriales y maizales que lo rodean mientras desayuna un bocadillo. En frente está la Clínica Ansoáin, el único centro en Navarra que practica abortos. Tiene un eslogan en su pared de cristal oscuro: “Pro Quo”. Delante de la clínica hay una guardería. A la vuelta de la esquina, dos chicas esperan de pie. Otras dos jóvenes están sentadas en un banco, en silencio, rezando.

El aire de la clínica huele a dentista. En la sala de espera, un padre mira distraído su móvil mientras el hijo, de apenas cinco años, juega con dos cochecitos. “Mira, ¿este coche se abre!”, exclama entusiasmado. Son sus favoritos, dice, aunque tiene nada más y nada menos que 500. “¿Y dónde los guardas?”, le pregunto. “¡En el parquin!”, naturalmente. La televisión está emitiendo un programa infantil. El niño sigue jugando distraído, murmurando para sí. En un ataque de verborrea, comenta: “Mi madre está malita de la tripa y le van a dar una pastillita para que se cure”. Su padre levanta la mirada, parece incómodo. A los pocos minutos, la mujer sale de la consulta del doctor y el niño corre a abrazarse a sus piernas. Mientras se van de la clínica, mira hacia atrás y, sonriente, saluda con la mano.

La Clínica Ansoáin es el único centro en Navarra que practica interrupciones voluntarias del embarazo. Se prefiere la perífrasis eufemística a la palabra “aborto”. En su página web anuncian un servicio “responsable, eficiente y comprometido”. Como si de un menú se tratase, ofertan las distintas opciones disponibles. Aborto farmacológico mediante pastillas, hasta las seis semanas y cuatro días de embarazo: 430 €. Aborto con anestesia local, entre la semana siete y diez: 470 €. Aborto con sedación, entre la semana diez y catorce: 570 €. Si una mujer a la que le corresponde la anestesia local desea una sedación general, el precio sube 130 € más. Si no conocen su grupo sanguíneo, 20 € más, y en el caso de que necesite alguna vacuna, 70 € más. Tras las propuestas, aparece una llamada a la rapidez: “Cuanto antes acuda el aborto es más sencillo y seguro para la paciente. No se demore en tomar la decisión”.

La enfermera de recepción tiene pestañas largas, maquilladas y los brazos tatuados. Se llama Andrea, no quiere que se comparta su apellido. Al teléfono se muestra estresada y lacónica, pero en la clínica recibe a la gente con una sonrisa. Ella atiende a las pacientes cuando llegan y también es la que les ofrece toda la información necesaria, aunque en muchos casos no suele hacer falta: “La mayoría viene de la sanidad pública, así que les dan toda la información allá”.

A las que quieren abortar de forma privada, se les recomienda que acudan a la Seguridad Social para que les salga gratis. Aun así, algunas prefieren pagar y asegurarse de que no quedará ningún tipo de registro: en la clínica, guardan las fichas de todas las mujeres

en dos ordenadores sin conexión a internet y se destruyen todos los datos al cabo de cinco años, afirma Andrea. Ella no tiene muy claro lo que pasa con los informes de las interrupciones voluntarias de la gestación en la sanidad pública, aunque, en teoría, ni los médicos de familia, ni los ginecólogos, ni las matronas deberían tener acceso al historial de abortos de la paciente.

El procedimiento para las mujeres que quieren abortar consiste, en primer lugar, en hacer una ecografía que confirme el embarazo y el tiempo de gestación. A partir de ese momento, la mujer debe cumplir por ley un periodo de reflexión de tres días. Si finalmente decide abortar, la Seguridad Social navarra redirige a las mujeres a la Clínica Ansoáin. Lo mismo les ocurre a las riojanas: en esta comunidad no hay centros que practiquen el aborto porque los médicos son objetores de conciencia.

El perfil de las pacientes que llegan a Ansoáin para abortar es variado, pero son frecuentes las mujeres latinoamericanas. La enfermera comenta que “lo utilizan casi como método anticonceptivo. Para ellas [abortar] es normal, pero cuando viene una chica de aquí, sufre mucho”. Una vez en la clínica, las mujeres reciben información sobre el procedimiento que se les va a aplicar y los riesgos que conlleva, y deben firmar una hoja de consentimiento. No se ofrece ni exige ninguna entrevista con algún psicólogo o psiquiatra. En el caso de las que llegan a tiempo para las pastillas, se las cita a las dos semanas para una revisión. El resto, pasa al quirófano.

El doctor que se encarga de las operaciones se llama José Gurrea. Es un hombre corpulento, de 70 años y voz potente, “ginecólogo con más de 25 años de experiencia”, según reza su página web. En internet, sin embargo, es conocido por otra faceta: en 2012, en el programa *Espejo Público* de Antena 3, afirmó que los niños robados “no existen”: “Las madres dieron a sus hijos en adopción y ahora se arrepienten”. En consulta, confirma su carácter polémico: “Idiotas, comunistas, gilipollas, estúpidos”. Al hablar, usa calificativos para los políticos de derechas, de izquierdas, franquistas, la iglesia... No tiene tapujos.

Aparece en el despacho de la enfermera recién salido del quirófano, con el gorro y las calzas de tela azul celeste aún puestos y la bata manchada con diminutas gotas de sangre. Al preguntarle cuántos abortos ha realizado en el último año, anuncia despreocupado que no está seguro de si son 800 u 850. En 2020 en España, según el Instituto Nacional de Estadística, nacieron 339.206 bebés y 88.269 mujeres abortaron. Grosso modo, esto indica que por cada cuatro mujeres que deciden seguir adelante con su embarazo, una aborta. Si se atiende a la tasa de abortos por 1.000 mujeres, en el Estado se sitúa en el 10,33: una de cada cien mujeres ha abortado en el último año. En Navarra, la tasa baja al 7,66. Pero el doctor Gurrea es optimista: cree (“sabe”, en sus palabras) que en los próximos años el número de abortos en España va a bajar “a la mitad”: “Las que más abortan son las extranjeras, y eso es una buena noticia. No es xenofobia, es que cuando vienen aquí aprenden de sus vecinas navarras”.

Tanto médico como enfermera coinciden: el aborto es un derecho, pero ellos no quieren que sea gratuito. “Todos los españoles, con sus impuestos, pagan los abortos de estas chicas y muchos no están de acuerdo. La sanidad pública se inventó para curar a enfermos, pero las chicas que vienen a abortar no están enfermas, están sanísimas. Por eso están embarazadas”, señala el doctor. Él preferiría que todas esas mujeres se costearan el aborto en clínicas privadas.

“Está mal visto por parte de los ginecólogos”, afirma. “Tú eres un médico abortista”, le espetan. “Pero yo siempre he hecho lo que me ha dado la gana. A mí me importa muy poco lo que dicen los demás”. Antes de que el aborto se legalizara en España, Gurrea ya acudió a Londres con dos novias suyas. No se le hizo duro entonces, ni se le hace duro ahora: “Las mujeres que pasan por un aborto se libran de un problemón. No sufren. Y, además, no pecan. No necesito intermediarios, ni curas, ni Papas sinvergüenzas: yo hablo con Dios”.

Al marcharse el doctor, Andrea admite que ella no lo tiene tan claro. Para ella, este es su trabajo. Quiere ayudar a las mujeres: cuando ve que tienen dudas o se ponen a llorar, les aconseja que se tomen unos días para pensar, aunque sin sobrepasar el límite que les permita optar por la pastilla y evitar el quirófano. Considera que se debería revisar la ley y que el límite de catorce semanas para el aborto es excesivo. A las seis semanas y cuatro días, el corazón empieza a bombear. Ella cree que el máximo debería estar en las ocho semanas: a partir de ahí, el embrión ya comienza a tomar forma humana y a desarrollar el sistema nervioso.

“Para nosotros no es fácil, hay que saber gestionarlo”. Andrea argumenta que, si no hubiera nadie que practicara los abortos, las consecuencias para las mujeres serían peores: los castigos familiares, el rechazo social, las operaciones ilegales... Aduce el mismo argumento para justificar las operaciones estéticas genitales y de reconstrucción del himen. “Si lo necesitan, les ayudamos. Es duro, pero alguien tiene que hacerlo.”

Los protestantes provida

Al salir de la clínica, las dos chicas del banco siguen rezando. Forman parte del movimiento 40 Días por la Vida. Cumplen turnos de una hora para que, durante cuarenta días, haya siempre al menos una persona delante de la clínica pidiéndole a Dios que cese los abortos. Según su página web, los cuarenta días rememoran la cuaresma o de los 40 años en el desierto del pueblo de Israel: es un número que anuncia grandes cambios en la Biblia. La campaña se inició en 2007 en Estados Unidos y ha ido expandiéndose desde entonces. En Pamplona, se está llevando a cabo entre los días 22 de septiembre y el 31 de octubre, pero también está presente en más ciudades como Barcelona, Madrid, Cádiz, Córdoba, Valladolid y otros, y a nivel internacional en Canadá, Australia o Dinamarca.

En su página web se indica que todos los voluntarios que quieran participar deben aceptar la Declaración de Paz: “Solamente buscaré soluciones pacíficas a la violencia del aborto cuando esté de voluntario(a). Mostraré compasión y reflejaré el amor de Cristo al personal de empleados, voluntarios y clientes del *abortorio*. No promocionaré ningún partido político. No realizaré proselitismo [tratar de ganar seguidores para una religión] de ningún tipo. No dañaré de ninguna forma la propiedad privada. Cooperaré con las autoridades locales”.

Rosario, no quiere que se comparta su apellido, es una joven de 21 años que participa en la iniciativa. Es una mujer alta, robusta, pero habla de forma muy amable. Lleva un escapulario al cuello. Considera que “no se puede mantener una opinión sobre si alguien vive o no, ni siquiera en el caso de una madre sobre su criatura, porque la vida es el derecho fundamental de toda persona”. En su opinión, la vida comienza en el momento de la concepción y el embrión ya tiene algo especial que lo dignifica como ser humano, al menos en potencia. Tras insistir en qué es ese algo especial que dignifica al embrión, aclara: “Es el alma. Yo entiendo la vida como un don, un regalo que nos ha sido dado por Dios”. Pero, aun

así, recalca: “Aun sin conocer a Dios, se puede saber lo que está bien y lo que está mal. Los animales cuidan de sus crías: matarlas es antinatural. Y lo que va en contra de la ley natural, está mal”.

Es rotunda en sus opiniones: “Con el aborto estás matando una persona”. Respecto al proyecto de ley del PSOE para prohibir las protestas antiabortistas en frente de las clínicas, lo tiene claro: “Va en contra de la libertad de expresión”. Sin embargo, también recalca que respetan el derecho a la intimidad de las mujeres: no quiere molestar a nadie cuando participa como voluntaria y acude a la clínica a rezar. “No hacemos nada físicamente, solo rezamos. Nos manifestamos de forma pacífica muy conscientemente porque si no, no va a funcionar. Quizás muchas pasan de nosotros porque no les decimos nada. Pero ahí, Dios dirá”.

Quienes sí se acercan a las mujeres que salen de la clínica son dos chicas del grupo Más Futuro, una “asociación de apoyo a madres en riesgo de exclusión social”, según su página web. Al girar la esquina, me llaman en voz baja mientras aceleran el paso para ponerse a mi altura. Una de ellas toma la iniciativa con voz resuelta: “Hemos visto que sales de la clínica y queremos decirte que hay otra salida, nosotras te podemos ayudar”. Ofrecen comida, un piso, dinero: todo lo necesario, según dicen, para sacar adelante al bebé. Su compañera permanece callada y mira al suelo. Al explicarles mi caso y aclararles que he ido a la clínica en calidad de periodista, se tensan. Afirman que su asociación sigue “ayudando a las mujeres y realizando rescates” precisamente porque no es muy conocida. Temen dar información que les perjudique, pero cuentan que en los últimos seis años han conseguido “unos 9.000 rescates, que es una pasada”, según comenta orgullosa la chica habladora. En ese momento, reciben una llamada y se marchan tan rápido como han aparecido.

Ya es mediodía y las calles de Ansoáin empiezan a animarse. Tras hablar con enfermeras, médicos y voluntarios provida, hay una parte de la historia que falta: la de las mujeres que han abortado en esta clínica. Ellas no han querido hablar: algunas por vergüenza, otras por miedo a lo que dirían sus familias, otras porque aún no han superado el trauma. En un debate en el que todos opinan, ellas callan. Sus historias aún no se han contado.